

V Jornadas de Investigación en Humanidades

Departamento de Humanidades
Universidad Nacional del Sur
Bahía Blanca, 18 al 20 de noviembre de 2013

www.jornadasinvhum.uns.edu.ar



Volúmenes Temáticos de las
V Jornadas de Investigación en Humanidades

coordinación general de la colección
GABRIELA ANDREA MARRÓN

Volumen 6

**La literatura y el arte:
experiencia estética, ética y política**

ANA MARÍA ZUBIETA
NORMA CROTTI
(editoras)

Blanchot y Heráclito. Entre el habla de escritura y el lógos

Daiana AGESTA
Universidad Nacional del Sur
dai.agesta@gmail.com



*El mismo río nos enseña inmemorablemente, (...)
a entrar en él, nunca dos veces y ni siquiera una vez...*
(Blanchot, 1996: 153)

En este trabajo me propongo hacer una lectura de Heráclito desde Maurice Blanchot. Veinticinco siglos los separan, veinticinco siglos atravesados por lecturas y relecturas. No obstante creo que es necesario tomarse la libertad de analizar a los antiguos a la luz de los contemporáneos, ver qué tienen para decir, y más allá de este sueño apofántico, conocer, desde la distancia, por qué Blanchot se interesó por Heráclito.

¿Por qué iniciar con Heráclito? ¿Por qué Blanchot se inspira en Heráclito? Porque con Heráclito comienza (al menos en occidente) la filosofía, el filosofar, el pensamiento, tal como (no) lo concebimos hoy en día. Y si se quiere hacer una historia de la filosofía tal como *no* es, hay que empezar por Heráclito¹.

Habría que ver, en primer lugar, la relación entre estos dos filósofos, que no es dual, sino múltiple: preocupación por el lenguaje, preocupación por la forma del decir, y preocupación por la poesía. En definitiva, relación entre la forma en que la cosa viene al lenguaje y el lenguaje va a la cosa. Es así que hay una doble vía.

¹ Habría que ver si al referir a Heráclito no correspondería mencionar a Parménides. Porque aquí se trata a Heráclito con Blanchot, y en lo que tienen en común. Es probable que se me haga la famosa objeción de Heidegger según la cual ambos pensaron lo mismo (Heidegger, 2003; 94, 127, 134). Pero aun suponiendo que fueran una y la misma cosa (como el camino hacia arriba y hacia abajo), hay que separarlos, porque no son motivo de este trabajo.

El lenguaje va a la cosa pero sin estar distanciados uno de otro. “Οὐκ ἔμοῦ ἄλλά τοῦ λόγου ἀκούσαντας ὁμολογεῖν σοφόν ἐστὶν ἐν πάντα εἶναι” (Kirk, Raven, 1970: 266. Fr. 50 de Heráclito). La traducción sería: “no escuchándome a mí, sino al *lógos*, sabio es que reconozcas que todas las cosas son uno”. Apolo, en vez de decir u ocultar, señala. Y es este señalar el que torna lo indecible en decible, lo indescifrable en descifrable; pero sólo un señalar: de ahí que las palabras no lleguen a decir enteramente lo que están destinadas a decir. Pero a la vez, la cosa viene al lenguaje en el sentido de que hay algo que es tomado, coaptado por el lenguaje, y es la cosa misma. Pensar en esto es pensar en los ardidés que nos esconde el lenguaje, ardidés que son juegos de niños, pero que si no se los toma como tales, se corre el riesgo de caer en ellos.

Estas dos acepciones (la cosa que viene al lenguaje y el lenguaje que va a la cosa) son tal vez contradictorias, a la vez que complementarias; es así como dice Blanchot:

Heráclito, -en esto radican su oscuridad y su claridad-, no recibe menos habla de las cosas que de las palabras (para devolvérselas como revertida), hablando él mismo con unas como con otras y, más aún, quedándose entre ambas, hablando -escribiendo- mediante aquel intermedio y el aparte de ambas, que él no inmoviliza, sino que domina, porque está orientado hacia una diferencia más esencial, hacia una diferencia que ciertamente se manifiesta, pero que no se agota en la distinción que nosotros, apegados al dualismo del cuerpo y el alma, establecemos muy decididamente entre las palabras y lo que estas designan (Blanchot, 1996: 155).

Cabría decir que Heráclito y Blanchot son dos contemporáneos, porque ambos se han decidido a *no callar*; pero a su vez, a radicar su verdad en el *lógos* el primero, y en escribir para no escribir el segundo.

Blanchot y sus predecesores

En *El diálogo inconcluso*² Blanchot comienza hablando sobre la imposibilidad de la escritura. Sin embargo, recapitula y finaliza diciendo, claramente:

² En verdad, se titula “Entretien Infini”, algo así como “El diálogo infinito”, título que nos parece más acertado que “El diálogo inconcluso” porque, si bien no termina, no es una infinitud en el sentido de “inconclusión”, sino en el sentido de que no termina, porque vuelve a recomenzar.

Hacia esa Diferencia, arrancándonos a todo diferente, nos orienta, en primer lugar, bajo una forma misteriosamente alternativa, una de las primeras obras en las que el pensamiento es llamado a sí mismo por la discontinuidad de la escritura –obra rota por el tiempo como para hacer accidental su presencia fragmentaria. Así discontinuándonos más que convenciéndonos, vienen hacia nosotros los textos quebrados de Heráclito (Blanchot, 1996: 145-146).

Con Heráclito, se nos abre una “...obra rota por el tiempo como para hacer accidental su presencia fragmentaria”; frase que recalca la inutilidad de llamarlos fragmentos, la versificación absurda de hacer de este texto sólo fragmentos, así, rotos, informes, incoherentes. Mejor sería llamarlos como lo que son: frases con múltiples sentidos, múltiples maneras de interpretarlas. En palabras del mismo Blanchot, invitándonos así a no limitarnos nunca a una lectura de sentido único³. Clémance Ramnoux, estudiosa de Heráclito, señala: “es un obrero de fórmulas, que trabaja para reunir en frases lo más cortas posibles el mayor sentido posible, e incluso varios sentidos a la vez” (Ramnoux, 1975: 12).

Pero para hallar estas múltiples lecturas de Heráclito, debemos alejarnos de Blanchot, y también adentrarnos en otros críticos. Charles Kahn, habla de ambigüedad significativa, en un fenómeno que él denomina *densidad lingüística*. Pone de ejemplo el del oráculo, pero lo rechaza en tanto el oráculo se puede interpretar de una u otra manera. Pero en cuanto se vuelve a este oráculo poético, *poiésis*, no queda más manera que interpretarlo de múltiples formas. “ὁ ἄναξ οὐ τὸ μαντεῖόν ἐστι τὸ ἐν Δελφοῖς οὔτε λέγει οὔτε κρύπτει ἀλλὰ σημαίνει” (Kirk, Raven, 1970: 298). “El Señor, cuyo oráculo está en Delfos, no dice ni oculta, sino que indica”⁴. Y nos dice Kahn: “con la ambigüedad significativa del discurso poético, no puede haber una forma que sea la única correcta: el sentido es esencialmente múltiple y complejo” (Kahn, 2001: 91).

³ (Cf. Blanchot, 1996: 152) Es importante destacar, que en un libro posterior, Blanchot dice que “no poder escribir ya más que en relación con lo fragmentario no es escribir con fragmentos, a menos que el fragmento sea, a su vez, signo para lo fragmentario” (Blanchot, 1994: 85). Este “cambio”, si es que lo hay, se debe a que no solo lo fragmentario está escrito en fragmentos, pueden encontrarse en un texto larguísimo; lo fragmentario es un modo de significación.

⁴ Fr. de Heráclito.

Representado de esta manera como *poiésis* lo que Heráclito pensaba, debemos ahora sí adentrarnos en lo que él dijo. Y uno de los principales temas de su pensamiento ha sido el *lógos*. ¿Cómo interpretar ese *lógos*? Kahn nos dice que "...el término significa no solamente discurso signifiante, sino también el ejercicio de la inteligencia como tal, la actividad del *nous* o de la *phronēsis*" (Kahn, 2001: 102). Y hay que agregar: "...es tanto su discurso como algo más: algo universal (...), incluso eterno y divino (*eón aiei*), precisamente en virtud del hecho de que es "común" o "compartido" por todos (*xynós*)" (Kahn, 2001: 14). Entonces, *lógos* sería esta especie de principio universal, cósmico, que es compartido, pensado y actuado por todas las cosas.

Habría que decir (a riesgo de dividir demasiado algo que está unido) que el *lógos* tiene en Heráclito una cuádruple partición: en primer lugar, un sentido ontológico porque este *lógos* es real, y todo sucede en relación a él; un problema gnoseológico, porque los hombres se muestran incapaces de comprenderlo; uno lingüístico, porque permite explicar el mundo; y en último lugar, práctico, porque los hombres actúan como si no existiese, como si estuvieran dormidos y no comprendieran que es una unidad inmanente a todas las cosas, que las hace-ser.

El mayor problema es que los fragmentos están dispersos según un orden y una lógica, en un primer lugar, desconocida. Pero, como dice Rodolfo Mondolfo, "...cada uno está lleno de relaciones significativas que recogen y amplían su movimiento. Esto demuestra la sólida conexión de la doctrina, merced a la cual, aún cuando no sea posible reconstruir la disposición de la obra, perdida para nosotros, pueden, sin embargo, restablecerse los rasgos fundamentales" (Mondolfo, 1971: 30).

Heráclito dice que los hombres no son capaces de comprender cómo lo divergente converge consigo mismo. "ἁρμονίη ἀφανῆς φανερεῖς κρείττων" (Kirk, Raven, 1970: 273. Fr. 54 de Heráclito). "La armonía oculta es superior a una manifiesta"; esto se da de acuerdo con la armonía de tensiones opuestas: "πόλεμος πάντων μὲν πατήρ ἐστι, πάντων δὲ βασιλεύς, καὶ τοὺς μὲν θεοὺς ἔδειξε τοὺς δὲ ἄνθρωπους, τὺς μὲν δούλους ἐποίησε τὺς δὲ ἐλευθέρους" (Kirk, Raven, 1970: 276). "*Pólemos*, es el padre de todas las cosas y el rey de todas, y a unos los revela dioses, a los otros hombres, a los unos los hace libres, a los otros esclavos"⁵. ¿Qué es lo que hace a los opuestos, disímiles en apariencia,

⁵ (Kirk, Raven, 1970: 276, fr. 53 de Heráclito). Son muchos los estudios que se han realizado sobre las tensiones en Heráclito, pero todas convergen más o menos en los mismos puntos: sucesión y cambio recíproco, estando en los límites opuestos del mismo

ser uno? ¿Es la guerra mutua aniquilación? La guerra es común a todas las cosas, como el *lógos*; es la medida, la ley del cambio. Sería una lucha, una tensión opuesta, en donde proliferaría ora un aspecto, ora otro (como invierno-verano), o en donde no se diferenciarían porque son una y la misma cosa (como la escritura, el arco o la lira).

Para terminar con este apartado, cabría señalar que Kahn resalta que el *lógos* de Heráclito no es meramente su exposición; es la estructura eterna del mundo tal como se manifiesta ella misma en el discurso. Pero a mí personalmente me parece un tanto insuficiente esta lectura. Por esta razón, es necesario hacer frente a una (re)lectura de Blanchot.

El pensador entra en escena

Blanchot habla de dos graves problemas al acercarnos a Heráclito: el de leerlo a través de Platón, o de Hegel; y el de hacernos dueños a partir de la erudición, de un mundo desaparecido y una verdad muerta. Evidentemente, "...cuando se trata de un texto en pedazos y de un autor enigmático, entonces tenemos que entregarnos lealmente a la superabundancia de enigmas para sostener nuestra lectura..." (Blanchot, 1996: 159) y hacerlo lo más cercano posible, aunque esté en una lejanía inmemorial.

Lo que hace Blanchot es intentar traducir lo que significó Heráclito para los antiguos; y con ello, comenzar a excavar en lo que pudo haber significado en los antiguos días. Lo hace con ayuda de Ramnoux, que renueva totalmente la lectura heraclítica, al plantear que

...para el que sabe, y para quien posee el sentido, la gramática y la epigrafía revelan al dios tanto como a las cosas, tales como se encuentran dispuestas a nuestro alrededor. La naturaleza habla actuando, el hombre actúa hablando. En el fondo es lo mismo. La vía del hombre es la vía de la palabra: el vocablo para designarlo es Logos (Ramnoux, 1975: 15. El subrayado es nuestro).

Entonces, la gramática y la epigrafía tienen un papel muy importante: revelan la naturaleza del dios y las cosas al hombre, pero al hombre que sabe; tiene que haberse abierto al *lógos* para conocerlo. Si la sintaxis es solidaria con una ontología (y en este caso seguramente lo

continuum; relatividad respecto del sujeto que experimenta; en la esfera de los valores, solo si se aprecian sus opuestos son reconocibles los contrarios; aspectos diferentes de una misma cosa pueden justificar descripciones opuestas (Kirk y Raven, 1970: 269-270; Guthrie, 1984: 419-420).

es), el mundo heraclíteo resuena por los fragmentos repartidos según el *lógos*. Por esta razón es que, tal vez, Heráclito comienza al final de las palabras, casi al borde de la mudez, pero para hacerlas sonar y resonar cada vez más fuerte.

El habla y el habla de escritura, están interconectados; pero de una manera que es exterior al lenguaje, porque se conectan por aquello a lo que aluden. Es por esta razón que "...la escritura desde siempre, y sin embargo nunca ahora, rompió con el lenguaje, ya sea el discurso hablado, ya sea el discurso escrito" (Blanchot, 1996: 417). Se entiende así por qué el libro de Heráclito fue un libro escrito⁶, porque su discurso estaba preparado para los hombres pero también para los dioses; y sus palabras eran ζυνώς, comunes, aunque algunos no pudieran entenderlas.

¿Qué hay de parecido con estos dos filósofos, uno del siglo V antes de Cristo, otro del siglo XX? Como ya habíamos adelantado, el parecido es múltiple, diverso. En cuanto a la división así realizada entre la forma del lenguaje, la forma discursiva y la forma poética, hay que decir que en ambos pensadores son una y la misma cosa: la poesía nunca se halla separada del decir ni del lenguaje. No están separados ni en Blanchot (en *El paso (no) más allá*, donde los múltiples fragmentos tienden a estar intermediados por momentos poéticos, fragmentos de una novela, interrumpidos por otros de teoría) ni en Heráclito (como día-noche, la continuidad de uno con el otro es simplemente un pasaje, un paso, una transición).

Veamos algunos puntos. En primer lugar, una preocupación por el lenguaje: ambos tratan de llegar al nódulo de las cosas, atravesadas por las palabras, pero que muchas veces no designan lo que quieren decir, o no dicen lo que quieren implicar. ¿Qué hacer con esto? Hacer como Heráclito, que hablaba enigmáticamente y para unos pocos (para ninguno); o como Blanchot, que escribe sin parar, porque halla en la escritura sus incesantes ganas de no escribir. En definitiva, es lo mismo, porque la ausencia de palabras o la (sobre)abundancia de ellas los refieren a un único y mismo tormento: el de querer decir algo y no poder, y el no poder parar de escribir, aunque sea lo único deseado.

En segundo lugar, tenemos la preocupación por la "forma de decir", que radica en el desasosiego por las palabras, el elegirlas entre las diversas opciones y dejar abierto tanto uno como otro sentidos en la frase. Heráclito y Blanchot hacen lo mismo: nos envuelven en una cotidianeidad que nos es ajena, lejana, por más cercana que esté, y nos la

⁶ Cuenta la leyenda que habría escrito un libro que habría sido depositado en un templo a cargo de una diosa.

devuelven como revertida. Tal es el caso del niño, que juega y desplaza los dados, pero de él es el reino, y el caso de Blanchot “el deseo no satisfecho y sin satisfacción aunque sin negativo. Nada negativo en “no escribir”, intensidad sin dominio, sin soberanía, obsesión de lo enteramente pasivo” (Blanchot, 1990: 17).

Y finalmente, preocupación por la poesía. Pero, ¿por qué pensar en la poesía, cuando ninguno de los dos autores se inmiscuye en ella? Habría que pensarlo más bien como “lo poético”, como *poiesis*, como hacer, un hacer-constantemente-otro. ¿Cómo sería este hacer-constantemente-otro? Sería una praxis, desde el lenguaje, pero también desde la decisión, a cada momento, de extinguirse en el instante para renacer-nos. Puede decirse con Blanchot que “así, despojos y fragmentos no deben aparecer como los momentos de un discurso aún incompleto, sino como este lenguaje, escritura de fractura, por el cual el azar, al nivel de la afirmación, permanece aleatorio y se libera el enigma que mantiene la escritura, porque ésta siempre lo recupera en la neutralidad de su propio enigma” (Blanchot, 1996: 275).

Lo Neutro

La pregunta que nos queda por hacer es si la valoración positiva y la negativa tienen el mismo valor para Blanchot que para nosotros; y si tiene el mismo sentido para nosotros que para Heráclito: “...¿sabemos si, cuando escribimos, no estamos jugando con una diferencia que frustra el juego de la alternancia entre lo positivo y lo negativo?” (Blanchot, 1996: 161). Es decir si existe un *tercero excluido*, que está excluido porque se sale del lenguaje, o porque no llega a él.

Con Heráclito habría que responder que no, porque todo se engendra según la discordia y necesidad, entre opuestos. Habría que ver, si aún a pesar de esto, no podría establecerse una diferenciación, porque en un mundo hecho de palabras, se deja el lugar para la no-palabra, aquello que siempre queda sustraído al lenguaje, aquello que no puede decirse.

Pero con Blanchot sí podría plantearse esto a partir de “lo neutro”. Lo neutro es aquello que se sustrae al lenguaje, aquello que no es ni positivo ni negativo, sino que no puede ser dicho; sería imposible de nombrar, porque “...siempre cabe que nos interroguemos sobre lo neutro, interrogándolo con la angustia que desvía la pregunta, repitiéndola, arrojándola al silencio, el silencio que no se calla” (Blanchot, 1994: 99). Es decir que lo neutro sería esta palabra que no puede ser dicha (ni siquiera con el nombre de *neutro*), esta palabra que

no cesa de querer decirse, pero no pudiendo ser dicha. Habría que ver si en Blanchot, como una barredura de cosas (y palabras) esparcidas al azar, fuera el bellissimo cosmos.

Bibliografía

Blanchot, M. (1996) *El diálogo inconcluso*, Caracas, Monte Ávila.

——— (1994) *El paso (no) más allá*, Barcelona, Paidós.

——— (1990) *La escritura del desastre*, Caracas, Monte Ávila.

Guthrie, W. K. C. (1984) *Historia de la filosofía griega I*, Madrid, Gredos.

Heidegger, M. (2003) *Introducción a la metafísica*, Barcelona, Gedisa.

Kahn, C. (2001) *The art and thought of Heraclitus, On Reading Heraclitus*, Cambridge University Press. (Traducción propia, excepto: Cátedra de Historia de la filosofía antigua, *Lecturas sobre presocráticos, I y II*, UBA, s/f, traducciones de Kahn por Jazmín Ferreiro).

Kirk, G. S. y J. E. Raven, (1970) *Los filósofos presocráticos, Heráclito de Éfeso*, Madrid, Gredos.

Mondolfo, R. (1971) *Heráclito*, México, SXXI.

Ramnoux, C. (1975) *Historia de la filosofía, vol. II, La filosofía griega*, Madrid, S. XXI.